

La posguerra como circunstancia

The Postwar Period as a Circumstance

Juan Pablo FUSI

Universidad Complutense de Madrid

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.11>

La guerra civil y el triunfo en la misma de Franco supusieron el fin del excepcional momento cultural que España había vivido en los primeros treinta años del siglo XX. La nueva cultura oficial proyectó, de forma además inundatoria, los principios y valores del nuevo régimen: exaltación nacionalista, glorificación del espíritu y los valores militares, ferviente catolicismo, Hispanidad, y preferencia por formas y estilos clásicos y tradicionales. Aunque hubo intelectuales y escritores –intelectuales falangistas, intelectuales católicos, intelectuales monárquicos– que o apoyaron al régimen o se acomodaron a él; aunque hubo iniciativas que con el tiempo fructificarían positivamente (la Quincena Musical de San Sebastián, la creación de la Orquesta Nacional, los festivales de música de Santander y Granada...), y publicaciones y obras de interés (la revista *Escorial*, el *Concierto de Aranjuez* de Rodrigo, el teatro de humor de Jardiel Poncela, la alta comedia de Foxá, Neville y Pemán, *Tres sombreros de copa* de Mihura, *La muralla* de J. Calvo Sotelo, novelas de Agustí, Zunzunegui, Luca de Tena, *Lola, espejo oscuro* de Darío Fernández Flórez, *Los cipreses crecen en Dios* de Gironella, etc.), la cultura de la posguerra, sometida a una rigurosa y doble censura política y eclesiástica, fue, valorada en conjunto, la expresión de un desolador prosaísmo.

La enseñanza (en sus distintos niveles) y las profesiones intelectuales fueron depuradas, depuraciones que afectaron a miles de maestros y a centenares de profesores de instituto y universidad. La prensa experimentó una radical regresión. Regulada por la Ley de 22 de abril de 1938, iba a funcionar sobre la base de censura previa y consignas oficiales. Muchos periódicos de etapas anteriores de significación liberal o republicana fueron prohibidos, y sus instalaciones, incautadas por el Estado. El régimen de Franco se dotó de un importante aparato de medios de comunicación de propiedad pública –unos 40 diarios, Radio Nacional, la cadena de radio del Movimiento, las agencias EFE y Pyresa, Editora Nacional–, al servicio de sus intereses y de su propaganda. Los cines fueron obligados a proyectar, antes de cada sesión ordinaria, un noticiario oficial y propagandístico, el NO-DO (Noticiarios y Documentales Cinematográficos), creado en 1942. Radio Nacional, creada en 1937 en Salamanca, retuvo, hasta el final de la dictadura, el monopolio de la información: todas las emisoras, incluidas las pri-

vadas (cerca de 70 en 1940), debían conectar con aquella a horas determinadas para la retransmisión de las noticias del día.

El clima de la guerra civil se prolongó en un arte militante y conmemorativo (retratos y estatuas de Franco, iconografía de la guerra, monumentos a los caídos y héroes de la contienda), en una bibliografía beligerante de exaltación de los vencedores en aquella (como la *Historia de la Cruzada Española*, en ocho volúmenes, publicada entre 1939 y 1943) y en una literatura –poesía, novela– ideologizada, belicista, propagandística, panfletaria, mera glorificación heroica de los vencedores (*Poema de la bestia y el ángel*, 1938, de Pemán; *Poesía en armas*, 1940, de Ridruejo; *Corona de sonetos a José Antonio*, 1939; *Madrigado*, de Francisco Camba; *Retaguardia*, de Concha Espina; *Se ha ocupado el kilómetro 6*, de Benítez de Castro; *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás, *Cristo en los infiernos*, de Ricardo León; *Eugenio o la consagración de la primavera*, 1938, y *La fiel infantería*, 1943, ambas de Rafael García Serrano; *Madrid, de corte a checa*, 1938, de Agustín de Foxá, etc.); en un cine o épico-militar (*Harka*, 1941, de Carlos Arévalo, *Raza*, 1941, de Sáenz de Heredia, *¡A mí la Legión!*, 1942, de Juan de Orduña, y muchas otras) o histórico-imperial (como las cuatro películas de Juan de Orduña *Locura de amor*, 1948, la historia trágica de Juana, la hija de los Reyes Católicos; *Agustina de Aragón*, 1950, *Alba de América*, sobre Colón, y *La leona de Castilla*, ambas de 1951, y otras como *Inés de Castro* o *Los últimos de Filipinas*).

La cultura católica, por su parte, adquirió un papel excepcional y dominante. La Iglesia, no la Falange, monopolizó de hecho la educación en la España de Franco. La ley universitaria de 1943 puso la Universidad al servicio de la religión católica. Numerosas cátedras universitarias fueron ocupadas por sacerdotes y miembros de organizaciones católicas, como la Asociación Católica de Propagandistas y el Opus Dei. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado en 1939 para reemplazar a la disuelta Junta para Ampliación de Estudios –el símbolo, como se sabe, de la educación científica y liberal española– fue, inicialmente, y aunque naciera para impulsar el desarrollo de la investigación universitaria, el baluarte del integrismo católico, con fuerte presencia del Opus Dei, al servicio de un proyecto que quería hermanar principios cristianos e investigación científica. La Iglesia, que ejerció una rígida censura moral sobre espectáculos y libros, mantuvo su prensa (como el diario *Ya* de Madrid), incluso su propia escuela de periodismo, sus emisoras de radio y sus editoriales. El libro religioso tuvo una difusión sin precedentes. Libros como *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, el devocionario del padre Vilaríño, los misales de los padres Lefevre y Luis Ribera, el «miscalito» de la Editorial Regina, o como *Camino*, del fundador del Opus Dei, monseñor Escrivá de Balaguer, y las vidas de santos y similares, alcanzaron tiradas extraordinarias. *Quo Vadis?* de Sinkiewicz y *Fabiola*, del cardenal Wiseman, fueron dos de las novelas más leídas por los jóvenes de clase media de los años cuarenta y cincuenta.

En la Universidad, con bastantes cátedras de Filosofía ocupadas por religiosos y pensadores católicos (los padres Ramírez, Barbado, Todolí, Carro, los seglares Carreras Artau, Muñoz Alonso, González Álvarez, Millán Puelles, entre otros), la filosofía católica reemplazó a la filosofía de Ortega como filosofía «oficial»: el pensamiento integrista o escolástico monopolizó la docencia superior hasta prácticamente finales de la década de 1950. La arquitectura religiosa (nuevas iglesias, seminarios) adquirió un impulso extraordinario. En Pamplona, por ejemplo, se erigieron un colosalista Monumento a los Caídos (1953), rematado por una gran cúpula, y un inmenso Seminario Conciliar, con una gran cruz incrustada en la fachada, ambos obra de Víctor Eusa. En Madrid se construyeron, entre otras, las iglesias de la Merced (1950) de Sáenz de Oiza, y San Agustín (1945-59) de Luis Moya; en Málaga, la Iglesia de la Asunción (1950) –neogótico con *art decó*– de Fernández Shaw; en San Sebastián (1950) se erigió, en

lo alto de uno de los montes que cierran la bahía, una capilla, obra de Pedro Muguruza, y sobre ella, una estatua de gran tamaño del Sagrado Corazón, de Federico Coullant.

La historiografía de los años cuarenta promovió la exaltación del pasado «oficial»: el pasado hispano-romano y visigótico, la idea del papel central de Castilla en la formación de España como nación, los Reyes Católicos, Cisneros, el descubrimiento y la obra en América, la Contrarreforma, Carlos V, Felipe II, la España imperial. El yugo y las flechas de los Reyes Católicos fueron incorporados a la iconografía oficial como símbolos del nuevo Estado. En 1940, se creó un Consejo de la Hispanidad (desde 1946, Instituto de Cultura Hispánica) para promover la presencia española en el mundo hispánico: el americanismo pasó a ocupar así una posición de privilegio en la historiografía española. El régimen rechazó siempre las tesis de Américo Castro –expuestas, desde el exilio, en su obra *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (1948), reeditada en 1954, en edición muy ampliada, con el título de *La realidad histórica de España*– sobre la confluencia de las culturas cristiana, islámica y judía en la formación de España (tesis contestadas, también en el exilio, por Claudio Sánchez Albornoz en *España: un enigma histórico*, 1956, en la que fue la polémica más intensa y apasionada de la historia de la historiografía española). El siglo XVIII, tan estimado por la tradición liberal, fue ahora marginado, o reinterpretado en clave católica, y el XIX abiertamente rechazado (salvo la guerra de Independencia de 1808-1813) como siglo del liberalismo que había desembocado en la República de 1931-1936: «el siglo XIX –dijo Franco en un discurso el 21 de junio de 1950– que quisiéramos eliminar de nuestra historia, es la negación del espíritu español».

La arquitectura oficial tomó por modelo preferente el estilo herreriano de El Escorial, símbolo de la España de los Austrias, como evidenciaron el Ministerio del Aire de Madrid (1942-1951) de Luis Gutiérrez Soto, y el Colegio Mayor José Antonio de la Ciudad Universitaria madrileña (1948-1953), de José Luis de Arrese y José M^a Bringas (y, habría que añadir, en los Nuevos Ministerios de Madrid, proyectados en los años de la Segunda República por el arquitecto republicano Secundino Zuazo, depurado tras la guerra, y completados, con rectificaciones sobre el proyecto original, entre 1940 y 1942). El Arco del Triunfo (1956) de López Otero y Pascual Bravo, el Instituto de Cultura Hispánica (1940-1951) de Luis Martínez Feduchi, ambos en esa misma ciudad universitaria, y la grandilocuente Universidad Laboral de Gijón (1946-1950), obra de Luis Moya, se inspiraban en el clasicismo. El Museo de América e iglesia de Santo Tomás de Aquino (1942), de Moya y Martínez Feduchi, también en el recinto de la Universidad de Madrid (donde el régimen había proyectado una magna «cornisa imperial», de acuerdo con sus gustos estético-políticos), imitó la arquitectura colonial. El Valle de los Caídos, obra de Pedro Muguruza –el gigantesco mausoleo para los «caídos» en la guerra «por Dios y por España», cuya construcción (supervisada por Franco, enterrado en ella, como José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange) necesitó casi veinte años, entre 1940 y 1959, y el trabajo de unos 20.000 hombres, muchos de ellos presos políticos– resumió aquella combinación de exaltación nacional-religiosa y aparatosa grandilocuencia del primer franquismo: una grandiosa basílica horadada en la roca, rematada por una gigantesca cruz de 150 metros de altura, a cuyo pie, tallado en granito, se adosaba un grupo de cuatro evangelistas, también gigantescos, obra del escultor Juan de Ávalos.

La cultura de masas –fútbol, toros, literatura de quiosco, cine, radio– integró, en ese contexto, la «cultura de la evasión» del país (en palabras de Raymond Carr). Forjó, como diría Carmen Martín Gaité, un «silencio artificial» sobre los problemas reales de la sociedad; fue, paralelamente, el vehículo de las emociones e ilusiones, de la sentimentalidad, de la sociedad

española de la posguerra, de una España del subdesarrollo y la miseria (satirizada sin acritud por el humorista Gila en sus insólitos e hilarantes monólogos radiofónicos, verdadera crónica negra de la época) que hallaba en aquellas formas de entretenimiento un ocio ameno que le compensaba de las dificultades de la vida cotidiana.

Los toros produjeron en la posguerra ante todo el mito de *Manolete* (Manuel Rodríguez), muerto en el ruedo en 1947. El fútbol, reforzado por las apuestas, las populares quinielas, se transformó, además, en un entretenimiento –de mucha mayor popularidad ya que los toros– y en un gran espectáculo (sobre todo tras la llegada a principios de los cincuenta de futbolistas como Kubala y Alfredo Di Stéfano) que galvanizaba sobre todo a la población masculina, y que en competiciones internacionales actuaba como catalizador del nacionalismo español: Barcelona, Valencia, Atlético de Madrid, Atlético de Bilbao (cuyos jugadores Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gainza eran nombres familiares en todo el país) y Sevilla –y menos, el poderoso Real Madrid– dominaron los distintos campeonatos de fútbol en los años cuarenta. Agotada pronto la fiebre del género épico e imperial, el cine, con una producción en los años cuarenta en torno a 40-50 películas anuales, cultivó luego la comedia amable, el folclorismo andaluz, los temas taurinos, el casticismo madrileño, el cine religioso –con el estrepitoso éxito de *Marcelino, pan y vino* (1954) de Ladislao Vajda–, las películas «con niño» (Pablito Calvo, Joselito), el disparate cómico y el folletín romántico (aunque el público prefería, y ello no dejaba de ser significativo, el cine extranjero, sobre todo el norteamericano que, censurado y doblado, llegó regularmente a las salas de exhibición: entre 1939 y 1961, por ejemplo, se exhibieron en Madrid 879 películas españolas y 4.277 extranjeras, de ellas 2.065 americanas. El hecho fue, además, similar en la literatura: los *best sellers* de autores extranjeros como Frank Yerby, Frank Slaughter, Lajos Zilahy, Vicki Baum, Pearl S. Buck, Mika Waltari, A. J. Cronin, W. S. Maugham y muchos otros, tuvieron considerable éxito en el público lector).

La radio (que tuvo un espectacular desarrollo en la posguerra: de unos 300.000 receptores en 1936-1939 se pasó a cerca de un millón en 1943), un sistema mixto integrado por un sector estatal y emisoras particulares financiadas con publicidad comercial, basó su programación sobre seriales –novelas radiadas en capítulos, con enorme éxito sobre todo en las clases populares, grandes «consumidoras», por razones obvias, de radio–, concursos, retransmisiones deportivas dominicales y «shows» de fin de semana (más programación religiosa especial en días y fechas señalados, como la Semana Santa). La literatura de quiosco cultivó, sobre todo, novela «rosa» (Corín Tellado) y «novelas del Oeste» (Marcial Lafuente Estefanía, José Mallorquí, que, por ejemplo, entre 1944 y 1951 escribió un total de 130 novelas de «El Coyote», las aventuras en la California de en torno a 1850 de un hidalgo mexicano de origen español, hacendado pusilánime en su vida cotidiana pero, secretamente, un héroe valeroso en la lucha por la justicia). El teatro de Adolfo Torrado, comedias tópicas de humor poco exigente y sentimentalidad fácil, como *Chiruca*, estrenada en 1941, fue el gran éxito de la posguerra. Las «revistas», las comedias musicales pseudo-eróticas –la única expansión de este tipo que, dentro de cierta moderación, toleró la censura–, y los espectáculos folclóricos de canciones andaluzas o madrileñas gozaban, como sus intérpretes, de popularidad y renombre excepcionales.

Cultura de la evasión (fútbol, toros, seriales radiofónicos, canción popular, cine, literatura de quiosco) y cultura oficial nacionalista y católica formaron, en cualquier caso, la cultura de la posguerra: la expresión, decía, de un desolador prosaísmo, una cultura, no obstante algunas excepciones (como algunas de las señaladas), raquítica, silenciada, empobrecida. En ese contexto, algunos grupos de intelectuales iban a empezar a recuperar, con «esfuerzos sin cuento» (en palabras de Julián Marías), la vida intelectual. Libros como *La familia de Pascual Duarte*,

1942, y *La colmena* de Camilo J. Cela; *Hijos de la ira* de Dámaso Alonso y *Sombra del paraíso* de Vicente Aleixandre, de 1944; *Nada* de Carmen Laforet; *La sombra del ciprés es alargada*, 1947, de Miguel Delibes; *Historia de una escalera* de Buero Vallejo, y en el ámbito del ensayo académico *Carlos V y sus banqueros* (1942) de Ramón Carande, *Miguel de Unamuno* (1943) de Julián Marías, *Naturaleza, Historia, Dios* de Zubiri, *La generación del 98* de Laín Entralgo, *El liberalismo doctrinario* (1945) de Díez del Corral o *Los Pueblos de España* (1948) de Caro Baroja –por citar libros solo de los cuarenta– revitalizaron, comenzaron a hacerlo, la vida intelectual del país.

